

fui á la cocina; y luégo, solo por obedecer me volví á acostar, esperando que volviera el confesor.»

«Llegó poco ántes de anochecer, y oyendo lo que había ocurrido, exhortó á todos los de mi casa á que se arrodillasen para dar gracias á Dios, que por la intercesion de su siervo se había dignado de conceder tan señalada gracia. Después me dijo que si estaba en disposicion verdaderamente de levantarme, que lo hiciese y fuese á la iglesia de San Nazario, como lo hice con gran consuelo de los de mi casa y de todos los conocidos, que llenos de admiracion no acababan de bendecir al Señor. Desde aquel día no tuve que volver á guardar cama, y por el contrario, he podido salir de casa y andar mucho. Todo lo dicho es cierto, y estaría pronta á confirmarlo, aun con juramento. = Milan, á últimos de Julio de 1841. = CAROLINA VILLA.»

#### CAPÍTULO XIV

Decreto de la Sagrada Congregacion de Ritos acerca de la introduccion de la causa del V. P. José Pignatelli. — Nuevos milagros. — Principios de la devocion al Siervo de Dios en España. — Gracias que por su intercesion se obtienen en Cataluña. — Milagros recientes en Colorno.

1841 — 1892

La fama de estos prodigios obrados por la intercesion del Siervo de Dios, P. José Pignatelli, y el favorable resultado del proceso que se hizo en Roma acerca de las virtudes del mismo, indujeron al P. José Luis Chiereghini, procurador general de la Compañía y nombrado Postulador de la causa del P. Pignatelli, á pedir á la Sagrada Congregacion de Ritos se dignase admitir la introduccion de la causa. No fueron vanos sus esfuerzos; pues con fecha 24 de Setiembre de 1842 la citada Congregacion, considerado tan grave negocio con la madurez y diligencia conveniente, juzgó se debía confirmar la Comision de la introduccion de la causa, si así lo tenía por bien el Sumo Pontífice: accedió benignamente Su Santidad, y la Sagrada Congregacion expidió el siguiente honorífico decreto:

«La ínclita Compañía de Jesús, madre que en todos tiempos ha sido de varones los más eminentes y esclarecidos en las ciencias divinas y humanas, también ha tenido siempre, entre sus hijos, Siervos de Dios muy ilustres, que llegaron á la cumbre de



la santidad con el ejercicio de todas las virtudes. Entre ellos con razon se cuenta en estos últimos tiempos el Ven. José María Pignatelli, nacido en Zaragoza de España de padres pertenecientes á la primera nobleza, el cual, hecho viva imágen del mismo fundador de la Compañía San Ignacio de Loyola y heredero de su espíritu, resplandeció con tantos y tan insignes ejemplos de todas las virtudes, que con verdad se ha de decir que fue dado del cielo para bien, salvacion y preservacion de la Compañía agobiada de tantas y tan terribles calamidades en tiempo de tanta turbacion: y aunque siempre enfermizo y de quebrantada salud, con todo la divina Providencia le conservó hasta la vejez, para que pudiese transmitir á la posteridad la observancia doméstica de los primitivos tiempos. La fama de tan grande varon divulgada por todas partes, acompañada, á lo que se dice, de la gloria de los milagros, y probada recientemente con auténticos documentos, en toda su integridad presentados, segun costumbre, á la Congregacion de Sagrados Ritos, motivó la proposicion de esta Causa en la misma Sagrada Congregacion. Así, pues, por medio del Emmo. y Revmo. Sr. Cardenal Carlos María Pedicini, obispo Portuense, de Santa Rufina y de Civitavecchia, Vice-cancelario de la Santa Romana Iglesia, Prefecto de la Congregacion de los Sagrados Ritos y Relator de la Causa, sin intervencion ni voto de los Consultores, ántes que transcurriesen los diez años después de la presentacion del Proceso Ordinario y se hiciese el exámen y revision de los escritos, por Apostólica dispensacion concedida el 22 de Marzo del año anterior, á instancia del R. P. José Luis Chiereghini, Procurador General de la misma Compañía y Postulador de esta Causa, propuesta la siguiente duda: «Si se debía firmar la Comision de la Introduccion de la Causa en el caso y para el efecto de que se trata; la misma Sagrada Congregacion, reunida en sesion ordinaria en el Palacio Quirinal el día abajo indicado, después de haberlo considerado todo con cuidado y diligencia, y oído al R. P. don Andrés María Frattini, Promotor de la Fe, que manifestó su parecer por escrito y de palabra, juzgó deber responder por escrito

que debía firmarse la Comision, si así pareciere á Su Santidad.»  
Día 24 de Setiembre de 1842.»

«De todo lo cual hecha fiel relacion á Nuestro Santísimo Padre el Papa Gregorio XVI por mí el abajo firmado Secretario, Su Santidad accedió benignamente, y de su propia mano confirmó la susodicha Comision de Introduccion de la Causa del Venerable Siervo de Dios José María Pignatelli, Sacerdote Profeso de la Compañía de Jesús. Día 30 de los dichos mes y año. — C. M., obispo Portuen., Card. Pedicini, de'la S. R. I., Vice-cancelario, Prefecto de la S. C. de R. — J. G. Fatati, Secretario de la S. C. de R. '»

Este mismo año de 1842 á los 30 de Setiembre se empezó en Bolonia el proceso de las virtudes, que el Siervo de Dios ejerció durante su larga residencia en aquella ciudad, viviendo como sacerdote secularizado: y otro tanto se hizo en Nápoles y en Parma el de 1843, á 6 de Junio, tres meses después que fue milagrosamente curada una enferma por los méritos é invocacion del Venerable Siervo de Dios, como se verá por la relacion siguiente.

La noble y distinguida señora D.<sup>a</sup> Julia Somigliana de la Cruz, de Como, fue acometida de una calentura en Setiembre de 1842, á la que se agregó después un flujo de sangre que duró más de treinta y tres días. Cesó este, y se agravó más la fiebre con frecuentes y violentas convulsiones, que no dejaban á la infeliz un instante de tregua. Tenía fortísimos dolores en todos sus miembros, pero señaladamente en la cabeza; y en estado de tanta debilidad todo ligero ruido le ocasionaba indecible molestia.

Agotados los recursos conocidos, no se alivió; antes bien iba de mal en peor; y no sabiendo ya qué hacerse los médicos, la aconsejaron que mudase de aires. Á 6 de Marzo de 1843, extendida en una como camilla, se la llevaron en coche á Casanuova, quinta de la familia, que distará como unas dos leguas. Allí sus

‡ Véase en el Apéndice, núm. 2 el original latino de este decreto.



dolores se aumentaron y la pusieron en peligro de muerte, y en esta situación recibió una carta de su hija, educanda en las Salesas de Como, en que la exhortaba á unirse en espíritu con ella y con las compañeras y religiosas, que iban á empezar una novena al V. P. Pignatelli.

«Cuando oí leer aquella carta,» dice ella misma, «me sentí nacer en el alma una esperanza, y estoy por decir seguridad, de que me ponía buena, y exclamé: «Mañana me habré curado:» y estaba de ello tan segura, que pedí el permiso de comulgar el día siguiente en hacimiento de gracias. La noche del 18 al 19 de Marzo mi mal empeoró aún, y esperaba ansiosa la llegada del médico. Por la mañana, si bien con dificultad por lo muy grave que me encontraba, procuré reanimar mi fe y mi confianza con el V. P. Pignatelli; empecé la novena, y dos horas después siento de improviso como que me cae un gran peso de encima, me siento llena de brío y de fuerzas, y que estaba bien y perfectamente curada. «¡Oh milagro, milagro!» exclamé en mi corazón: y hubiera querido manifestárselo al instante á todo el mundo; pero un sentimiento de prudencia me ató la lengua.»

«Me levanté al punto de la cama sin auxilio de nadie, mientras que ántes no podía ser siquiera trasportada en brazos de una cama á otra sin gran trabajo. Llegó en esto el médico, el cual quedó pasmado al verme levantada, y mucho más cuando vio que mi pulso estaba normal, y yo como si jamás hubiera estado enferma. «Cierto,» le dije yo, «cierto que estoy buena y curada perfectamente:» y rebosando de gozo le repetía lo mismo: «yo estoy buena y curada del todo.» «Pero V.,» replicó el médico, «pretende un milagro; pues de otra suerte no es posible que al cabo de seis meses y medio de enfermedad grave pueda estar buena tan de repente:» y no sabiendo salir de su aturdimiento al comparar mi mal pasado y mi estado presente; díjele yo que para Dios nada había imposible, y la prueba era mi perfecta curación. Y realmente no tuve, ni un momento de convalecencia.»

Mariana Pesantini en Junio de 1847 estuvo en Nápoles varios

días y noches en continuo tormento por no poder dar á luz; y ya á juicio de inteligentes no había que esperar, estando muerta la criatura, y la madre sin fuerzas. Después de pensarlo bien, por salvar siquiera la vida á la madre, se intentó extraer la criatura á pedazos y como se pudiera; pero ni esto tuvo buen resultado sino en muy pequeña parte; y recibidos los Santos Sacramentos, preparábase Mariana á morir, cuando el confesor, que estaba á su cabecera, la sugirió que confiase en el V. P. Pignatelli, cuya imágen le había llevado; y la exhortó á que prometiese, si conseguía la gracia, hacer lo que la impusiera su marido.

Respondió al punto que sí, é hizo la promesa, y en el instante mismo levantando la voz y mirando á los circunstantes, dijo: «¿Quién me toca?» Respondieronle que nadie tenía tan cerca, y se tranquilizó; y dejándola sola con la partera, á pocos momentos lanzó felizmente la criatura ya gangrenada. Al grito imprevisto de «milagro, milagro» entran corriendo en el cuarto los médicos, á quienes dice la enferma: «Lo que los hombres no han podido, lo ha podido Dios con un milagro, que se ha dignado obrar en mi favor.» Al divulgarse tal novedad, acudió mucha gente; y todos ensalzaron al Señor, que por intercesión de su siervo había librado de inevitable muerte á aquella señora. Ella quedó sana y buena de tal suerte, que ni entonces ni después se resintió de lo padecido, ni la quedó daño alguno en su cuerpo, lo que era muy de temer después de tanto martirio.

Sea otro ejemplo de un señalado favor el concedido á un niño de la condesa Hosanna Ferrari de Udine. Este, por nombre Francisco, no teniendo aún más que un año, fue acometido de una raquitis: y además de no poderse mover y estar baldadito enteramente, padecía agudos dolores, inapetencia total, y desmayos que le dejaban como muerto. Los médicos más acreditados emprendieron su curación y agotaron sus alcances hasta tenerlo durante el día tendido en el suelo, y de noche en una dura cama; mas todo fue inútil; lejos de mejorar, iba perdiendo por días; y al cabo de más de un año de experimentos, decla-



raron que no sabían ni podían más; que el caso era desesperado, y que no había fuerza humana que curase al niño.

Animada entonces la madre por el P. Antonio Bresciani, hizo, juntamente con su esposo, una novena, suplicando al Señor que oyese sus gemidos, y por la intercesion del V. P. Pignatelli pusiera bueno á su amado Francisco. «Desde aquel punto,» dice ella, «tuve el consuelo de ver crecer á mi hijo mejorando siempre, si bien con lentitud; y ahora, gracias á la divina providencia, no solo anda de por sí y sin ayuda de nadie, sino que corre y salta expedito, sin dejo alguno de la enfermedad.»

Á este punto habían llegado las cosas, cuando el P. José Boero, observando que en la vida del P. Pignatelli compuesta por el P. Agustin Monzon faltaban muchas noticias que en los procesos se consignaban y otras muchas que él mismo había oído de los que en vida del P. Pignatelli habían tratado con él, determinó escribir otra más completa que la del P. Monzon; y en efecto la escribió, y publicóla el año de 1856.

Deseando los Padres españoles que fuese conocida la santidad y milagros del Siervo de Dios en la patria que le vio nacer, encargóse al P. Félix Cumplido que tradujese al castellano la vida compuesta por el P. Boero. Tradújola el P. Cumplido inmediatamente con gran propiedad y elegancia; pero la triste situacion de la Compañía en España á mediados de este siglo no era favorable á la publicacion de aquel libro, la cual por entonces se suspendió: y así quedó del todo ignorado el nombre del P. Pignatelli, hasta que vinieron á hacerle muy conocido y admirado en Cataluña algunos milagros, que por su intercesion se obraron en los años 1862 y siguientes. El primero y más ruidoso fue el que voy á referir.

En el monasterio de Nuestra Señora de los Angeles, de la órden de Santo Domingo, en la ciudad de Barcelona, vivía Sor Eulalia Lligada, religiosa de coro, la cual estaba enferma desde el día 22 de Junio de 1851, el octavo después de haber concluído su noviciado. Su mal era una hidropesía, que si bien en un principio no la imposibilitaba del todo para tomar parte

en las ocupaciones de la comunidad; con todo se veía de vez en cuando obligada á guardar cama.

Más adelante se le hizo crónico el padecimiento, y ya de todo punto incurable. Agravóse mucho más desde el 16 de Agosto de 1861: y en 3 de Enero del siguiente año de 1862 aumentó hasta el punto de ser la enferma desahuciada por el médico. Afligida de agudísimos dolores en todo el cuerpo y especialmente en la cabeza, á veces hasta delirar, esperaba por instantes la muerte; situacion, que con síntomas más ó menos alarmantes se prolongó hasta el 20 del mismo mes, en que se le administró el Santo Viático y tambien la Extremauncion el día 28, por haber entrado en agonía.

Confesaba á Sor Eulalia el P. Joaquin Forn, de la Compañía de Jesús, quien naturalmente la asistía con mayor solicitud desde que más se agravó el mal; y como encomendase á Dios á la enferma el día 29 de Enero en la santa misa, se sintió interiormente inspirado á interponer la mediacion del Venerable P. José Pignatelli, de cuyas virtudes y milagros había tenido conocimiento en Roma, donde vivió algunos años.

Fue sobre el mediodía á visitar á la enferma, y hallóla postrada y como sin vida; sin embargo, para alentar su confianza, le dio alguna noticia del Siervo de Dios, declarándole brevemente alguna de sus virtudes y de las gracias que por su intercesion se había dignado conceder el Señor: dicho lo cual, la dejó. Y fue lo bastante: porque aquellas palabras infundieron á la enferma deseos de la salud y de acudir á la oracion para obtenerla. Salido el Padre, llamó á una religiosa que allí quedaba para asistirle, y la rogó que escribiese en un pedacito de papel el nombre del V. P. José, á quien entretanto se encomendaba la enferma con gran confianza; y luégo aplicándose al estómago el papel, se sintió, segun declaró ella misma, como resucitada: cesaron los dolores, cobró el apetito, pidió alimento: estaba curada.

Las monjas, el confesor, y cuantos la vieron, quedaron pasmados. Fue el médico á la hora de costumbre á informarse del



estado de la enferma, á la cual no solo no halló cadáver, como él juzgaba que la había de hallar, sino enteramente sana, sin ninguna hinchazon, y con colores que indicaban perfecto estado de salud: y atónito y sin acabar de creer lo que estaba viendo, exclamó: «¿Qué es esto? ¿qué ha sucedido aquí?» y en muchos días no acertó á volver en sí de la profunda sorpresa que le causó la vista de la moribunda tan de repente restablecida.

No se la permitió sin embargo levantarse al momento, como ella quería; hasta que después de repetidas pruebas, cediendo á la evidencia, no se le pudo ya prohibir: y lo hizo el viernes 31 de Enero, vistiéndose por sí misma, tan ágil y alegre, como si jamás hubiese estado enferma. Al otro día, sábado, cantó delante de toda la comunidad, y con muy sonora voz el *Te Deum* con la misma soltura que ántes lo hacía en su calidad de directora del coro; de suerte, que, como era natural, lloraban de ternura al oírla las demás religiosas; y veíanse esparcidas por el suelo las mismas flores preparadas ántes para la corona de su mortaja.

En la mañana siguiente del domingo, día 2 de Febrero, consagrado á la Purificacion de Nuestra Señora, se celebró una misa solemne, cantando la misma religiosa, á la que acudió mucha gente para participar de aquel espectáculo: pero fue mucho mayor la concurrencia el día 8 del mismo mes, en el cual con otra misa más solemne aún, celebrada por el confesor, asistido por dos Padres Dominicós residentes en Barcelona, se dieron las debidas gracias á Dios por tan señalado prodigio. Corrían tiernas lágrimas de los ojos de todos, mientras cantaba con singular emocion la favorecida religiosa, que desde entonces disfrutó cabal salud. De este hecho mandó hacer exámen jurídico el señor obispo de la diócesis.

No es decible cuánto impresionó á la ciudad este primer prodigio. Circuló la noticia por toda ella con la velocidad del rayo; de suerte que por mucho tiempo la conversacion, en público y en privado, con propios y extraños, era principalmente del P. Pignatelli. Pedíanse pormenores de su vida; deseábanse sus estampas: y para satisfacer la pública ansiedad, se reprodu-

jeron en gran número litografías de una de Roma. Excitóse con más particularidad la devocion y la fe en los enfermos, obteniéndose notables curaciones de alma y cuerpo.

Muchas son las gracias que se refieren; pero entre las que se cuentan por medios más fidedignos, se hallan las siguientes. En el mismo monasterio de los Ángeles dos religiosas, la una Sor María Rita Boniquet, de 62 años de edad, y que hacía treinta estaba inútil para el servicio de la comunidad por su mala salud; y la otra de 33 años, Sor Josefa Costa, de coro, para el cual ya tres años había que estaba imposibilitada por debilidad de pecho y otros males; encomendándose ambas con fervor al V. P. Pignatelli, pudieron dedicarse de nuevo á los trabajos que les correspondían, enteramente curadas.

Una niña de cuatro meses, por nombre Concepcion Ferrer, inspiraba gran compasion por verse acometida con mucha frecuencia de accidentes epilépticos; por lo cual nadie había que quisiera lactarla: interpuso la madre la proteccion del V. P. Pignatelli, haciendo para esto una novena de tres Padrenuestros á la Santísima Trinidad; y el día 5 de Marzo de 1862 quedó enteramente curada.

En la misma ciudad de Barcelona había una religiosa, por nombre Sor Mariana Montal, á quien se le formó una hinchazon tal en la rodilla derecha, que no la podía doblar. Fue á confesarla el P. Joaquin Forn, exhortóla á que se encomendase con fervor y confianza al V. P. Pignatelli; y dócil ella á las insinuaciones del Padre, después que la hubo oído en confesion, comenzó junto con otras religiosas á recitar algunas preces á la Santísima Trinidad, para que se dignase glorificar la virtud y méritos del Venerable, restituyéndole la salud: á poco escribió en un papelito la invocacion del P. Pignatelli, é hizolo cenizas para poder tomarlo.

Las tragó ansiosa la enferma con viva fe: y es notable que durante las preces, en que se recitaron tres Padrenuestros, tenía el sacerdote levantada su diestra como medio palmo sobre la rodilla dolorida, y percibió que se exhalaba de ella á manera